

EX ALUMNOS ILUSTRES DE LA UNIVERSIDAD

Eduardo Anitua. DIRECTOR DEL INSTITUTO DE MEDICINA REGENERATIVA DE LA UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO

“En este país hay mucho talento, pero escasean los lugares donde demostrarlo”

Veinticinco años lleva investigando sobre medicina regenerativa y asegura que “todo empezó en Salamanca, buscando respuestas a muchos interrogantes”. Eligió la Universidad centenaria por “el enorme rigor académico de los profesores”, cuya influencia “fue decisiva” para analizar las posibilidades de los componentes de la sangre.

BERTA BAZ | MADRID

LICENCIADO en Medicina y Cirugía por la Universidad de Salamanca, Eduardo Anitua (Vitoria, 1956), especialista en estomatología, compagina la investigación científica como fundador y director del Biotechnology Institute (BTI) con la práctica clínica privada, además de dirigir el Instituto Universitario de Medicina Regenerativa e Implantología Oral de la Universidad del País Vasco y presidir la Fundación que lleva su nombre. Anitua está considerado como uno de los líderes a nivel mundial en el campo de la medicina regenerativa. Tiene en su haber 53 patentes internacionales, es autor de más de 200 artículos científicos, así como de más de 20 libros y manuales quirúrgicos en distintas áreas de la medicina. A lo largo de su extensa trayectoria profesional ha recibido numerosos reconocimientos entre los que se encuentran el de Doctor Honoris Causa por la Universidad de Buenos Aires el pasado año; el Premio Nacional a las Artes y las Ciencias Aplicadas al Deporte, otorgado en 2014 por el Consejo Superior de Deportes; el Premio Dentista del Año 2011, concedido por la Fundación Dental Española, o el Premio Príncipe Felipe a la Innovación Tecnológica en 2007.

—Si le digo Universidad de Salamanca, ¿qué imagen le viene a la mente?

—La ciudad de Salamanca está muy vinculada a mis emociones. Pasé allí unos años muy especiales. El primer ciclo de Medicina lo estudié en la Universidad de Navarra, y al empezar el segundo ciclo un tío mío, catedrático de Anatomía, me convenció para trasladarme a Salamanca y cursar cuarto, quinto y sexto. Los planes de estudio eran algo diferentes, y es cierto que Navarra tenía muy buenos

medios, pero en aquellos momentos Salamanca contaba con un equipo muy prestigioso de profesores, de un nivel superior. La experiencia fue extraordinaria.

—Desde su tierra natal a Salamanca hay muchos kilómetros, ¿le ‘costó’ la distancia?

—El recorrido desde mi casa en Vitoria hasta Salamanca lo hice innumerables veces. Iba en un tren que se dirigía a Portugal, y los viajes resultaban eternos. Pasé muchas horas en unos

“Tengo claro que la influencia de Antonio López Borrasca me llevó a investigar”

vagones muy antiguos, recalentados, en los que siempre hacía mucho calor. En otras ocasiones viajaba en coche, pero la doble vía que afortunadamente hay ahora no tiene nada que ver con las carreteras de un solo carril de entonces, en las que se producían numerosos accidentes.

—¿Qué le llamó más la atención durante la carrera?

—Recuerdo el enorme rigor académico de los profesores. Algunos me marcaron enormemente como el doctor Antonio López Borrasca,

que era catedrático de Hematología y un apasionado de la investigación. Tengo claro que su influencia me llevó a investigar con componentes de la sangre. Pero si algo tengo que destacar sobremedida es mi estancia de dos años como alumno interno con el doctor Francisco Seirulo, responsable del departamento de Estomatología y Cirugía Maxilofacial en el Hospital Clínico. Fue una muy buena experiencia y algo que realmente marcó mi vida, porque si no pienso que hubiera sido traumático. Él me enamoró de la profesión de estomatólogo, y consiguió transmitirme su pasión por esta especialidad.

—¿Echó algo en falta?

—En aquellos momentos a Salamanca lo único que le faltaba eran años de evolución. La Salamanca de 1977 no es la de 2019. Cuando voy ahora veo la transformación espectacular que ha sufrido. Yo viví precisamente el comienzo de esa transformación, conocí el hospital antiguo, y llegué a la ciudad justo cuando se inauguraba el hospital nuevo con unas instalaciones impresionantes, que no había en el País Vasco. Además había un equipo médico excepcional. Si hay algo muy vinculado a la Universidad de Salamanca son todos esos médicos.

—¿Sigue teniendo contacto con sus compañeros de aula?

—Tengo numerosos amigos de aquella época con los que sigo teniendo una excelente relación. Para los que somos

de fuera, y más del País Vasco que recibíamos por así decirlo una educación diferente, Salamanca sorprende porque cuando yo llegué era una ciudad en la que se vivía en la calle. Nunca en mi vida he pasado tantas horas paseando como durante mi estancia en esta ciudad. Es sin duda el lugar por el que he pasado más en mi vida.

—Las fiestas de Medicina siempre han sido muy famosas. ¿Las disfrutó?

—La ciudad tenía mucha vida. Recuerdo que en mi época universitaria en Salamanca había numerosos lugares a los que poder ir para escuchar música en vivo. Algo poco habitual en otras ciudades. Se puede decir que Salamanca era la Nueva Orleans de los Estados Unidos. Me gusta mucho la música. Contaré como anécdota que en la Universidad de Navarra fui tuno, pero cuando llegué a Salamanca lo dejé y me centré más en los estudios. Tengo un cariño especial a la canción ‘Triste y sola se queda Fonseca’, precisamente recibí clases de Medicina en las aulas del Fonseca. ¡Las veces que la habré cantado!

—¿Dónde fijó su domicilio durante su estancia en la ciudad?

—El primer año estuve viviendo en el colegio mayor Fray Luis de León, y luego me trasladé a un piso. Entonces el Fray Luis carecía de muchas comodidades, sus infraestructuras eran casi precolombinas. No recuerdo ni si había agua caliente para ducharse. Era muy espartano.

—¿Fue buen estudiante?

—Llegué a Salamanca siendo un estudiante normal, y acabé la carrera con varias matriculas. El segundo ciclo me lo tomé

muy en serio, y estudié mucho. En esa época acabé por enamorarme definitivamente de la Medicina y elegí mi especialidad que tantas satisfacciones me ha proporcionado en todos estos años.

—¿Cuándo se licenció, ¿qué camino tomó su vida profesional?

—Como ya he comentado hice la especialidad de estomatología, y me apasionó la cirugía oral, por lo que me he focalizado en la cirugía oral y la periodoncia tanto desde el punto de vista de la investigación, como de la docencia y de manera práctica en la atención a los pacientes. Paso mucho tiempo en el quirófano, de hecho antes de esta entrevista he realizado varias operaciones y ahora cuando termine volveré a operar. Se puede decir que aprovecho bien el día.

—¿Cuántas horas lleva trabajando en la medicina regenerativa?

—Horas no sé pero años son nada menos que veinticinco. Todo empezó en Salamanca haciéndome preguntas, porque al final mi línea de investigación se abrió buscando respuestas a muchos interrogantes. Recuerdo que en el Hospital Clínico, la puerta de enfrente al departamento de Estomatología era la de Hematología. Teníamos mucha relación con los médicos, veíamos a sus pacientes, y de ahí surgieron mis inquietudes.

—Pionero en una de las terapias trasnacionales más relevantes de las últimas décadas, conocida como plasma rico en factores de crecimiento, ¿por qué es tan importante?

—Es de esas ocasiones que en este país se ha tocado una palanca que ha cambiado la medicina regenerativa. Cuando todo el mundo estaba investigando con proteínas recombinantes y células madre yo pensé en el papel que la sangre jugaba en la regeneración, y a partir de ahí comenzamos a analizar los componentes de la sangre y a desarrollar la técnica que se denomina plasma rico en factores de crecimiento. Lo que nadie se podía imaginar es que algo que nacía en la cirugía oral hoy en día se está aplicando en todas las áreas quirúrgicas como oftalmología, ortopedia, dermatología... Se trata de una tecnología autóloga basada en la concentración de plaquetas procedentes de un pequeño volumen de sangre, para su posterior uso en la reparación y regeneración de los tejidos humanos. Esta tecnología permite acelerar los procesos de regeneración de los tejidos dañados y ha demostrado ser muy eficaz en muchos tratamientos en diferentes áreas médicas.

—Muchos galardones reconocen su gran trayectoria en la investigación y la docencia. ¿De cuál está más orgulloso?

—Para mí los galardones son muy efímeros, pasan muy rápido. El día anterior a recibir un premio eres una persona y al día siguiente de que te lo den sigues siendo esa misma persona. No cambia nada, lo único que hacen todos esos premios es avalar una trayectoria, y en mi caso respaldar un equipo de investigación de más de 300 personas, en el que hay medio centenar centrado exclusivamente en la investigación biomédica. En varias ocasiones

—¿El camino que ha tomado su investigación puede deparar nuevos descubrimientos?

—Están todas las puertas por abrir. Hemos abierto una pequeña ventana por la que vemos un largo horizonte. Tenemos por delante un campo inmenso para la

EX ALUMNOS ILUSTRES DE LA UNIVERSIDAD



Arriba, una imagen en la que atiende a una paciente en sus primeros años como médico, y abajo en la izquierda otra en la que imparte un curso con la ayuda de los proyectores de la época. A la derecha, foto de la orla de un joven Eduardo Anitua.



“Salamanca sorprende porque cuando yo llegué era una ciudad en la que se vivía en la calle”

investigación. Insisto en que este interesante y prometedor camino empezó durante mi estancia en el Hospital Clínico de Salamanca.

—Por su consulta han pasado deportistas muy famosos...

—Todos los nombres de deportistas de élite que se le puedan ocurrir están recibiendo estos tratamientos desde el tenista Rafa Nadal a conocidos futbolistas de primera división, jugadores de baloncesto o atletas. Nosotros hemos descubierto los mecanismos biológicos de la regeneración tisular. Cuando por ejemplo un futbolista tiene una rotura muscular conseguimos regenerar el músculo, y cuando un paciente tiene una lesión en un ligamento logramos regenerar de manera óptima ese ligamento. Y todo en un tiempo mucho menor, por lo que en el caso de los deportistas profesionales les ayuda a volver a la competición antes.

—¿La Universidad debe ser sinónimo de investigación además de docencia?

—Resultado complicado que una universidad tenga un nivel alto de investigación porque una cosa es el nivel preclínico y otra es el nivel de postgrado. Para que haya investigación debe haber

he recibido reconocimientos desde el ámbito deportivo, como el Premio Nacional de Medicina del Deporte, por todas las aportaciones que se han hecho a la regeneración de tejidos.

—¿Qué relación sigue manteniendo con el Estudio salmantino?

—Mis vínculos emocionales con Salamanca son obvios y patentes. El Instituto Biotechnology que dirijo, dependiente de la Universidad del País Vasco, tiene relación con varias instituciones académicas españolas y entre ellas, como no, está Salamanca. Tenemos un acuerdo de colaboración, una cátedra en el departamento de implantología oral, y mi intención es que este

—¿Qué relación sigue manteniendo con el Estudio salmantino?

—Mis vínculos emocionales con Salamanca son obvios y patentes. El Instituto Biotechnology que dirijo, dependiente de la Universidad del País Vasco, tiene relación con varias instituciones académicas españolas y entre ellas, como no, está Salamanca. Tenemos un acuerdo de colaboración, una cátedra en el departamento de implantología oral, y mi intención es que este

“Del Clínico han salido los equipos que ahora son punteros en el tratamiento de células madre”

alumnos de postgrado, y en el caso de Salamanca, es en su Hospital Clínico donde hay muy buenos investigadores. De hecho, de allí han salido los equipos que ahora son punteros en el tratamiento con células madre.

—¿Qué relación sigue manteniendo con el Estudio salmantino?

—Mis vínculos emocionales con Salamanca son obvios y patentes. El Instituto Biotechnology que dirijo, dependiente de la Universidad del País Vasco, tiene relación con varias instituciones académicas españolas y entre ellas, como no, está Salamanca. Tenemos un acuerdo de colaboración, una cátedra en el departamento de implantología oral, y mi intención es que este

—¿Qué relación sigue manteniendo con el Estudio salmantino?

—Mis vínculos emocionales con Salamanca son obvios y patentes. El Instituto Biotechnology que dirijo, dependiente de la Universidad del País Vasco, tiene relación con varias instituciones académicas españolas y entre ellas, como no, está Salamanca. Tenemos un acuerdo de colaboración, una cátedra en el departamento de implantología oral, y mi intención es que este

vínculo se fortalezca y continúe.

—¿Resulta fructífero el intercambio de conocimientos entre diferentes centros?

—Lo importante es sumar talento, aglutinar capacidades. Hay mucha gente que no es consciente de que en este país hay un extraordinario talento, y lo que escasea son lugares en los que demostrar y desarrollar ese talento. Me da pena la demagogia, me da lástima que este país no seleccione más entre los que aquí están. Me toca viajar por todo el mundo, y salto el charco ocho o diez veces al año, y me doy cuenta de la importancia que tiene que una nación tenga conciencia de país, y visión de país. No podemos permitir que se escape talento, y que en cambio estemos incorporando personas de fuera. Estamos exportando titulados superiores y estamos importando un volumen de gente al que no necesariamente vamos a poder dar trabajo.

—La Facultad de Medicina es un pilar de la institución del octavo centenario. ¿Qué opina?

—Por supuesto que lo es, al igual que otras carreras como Derecho. Salamanca nunca se debe desvincular de sus estudios de Medicina, y tampoco de la investigación.

Ficha

Carrera y promoción: Medicina, 1979.

Un profesor: Francisco Seirulo y Antonio López Borrasca.

Una comida: Los pinchos de los bares.

Un rincón de Salamanca: El claustro de los Dominicos.

Una canción de aquellos tiempos: ‘Triste y sola’ de la tuna.